

Una nueva lectura del Informe MacBride

Hamid Mowlana

Dos grandes progresos han caracterizado el estado de la comunicación internacional y de las relaciones internacionales durante las últimas décadas. En primer lugar, desde principios de los años noventa se ha gestado un nuevo orden global de la información y de la comunicación. Este orden emergente ha substituido al antiguo régimen de la información y la comunicación. Tanto en el fondo como en la forma es diferente del que reclamaba hace tres décadas —en los años setenta— el grupo de naciones no alineadas y del Tercer Mundo, conocido en general como Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC). Sin embargo, el nuevo orden de las naciones industrializadas avanzadas fue el que evolucionó como una quintaesencia a partir de una serie de progresos económicos, políticos y tecnológicos, que limitarían y bloquearían las demandas originales propuestas por el Tercer Mundo.

En segundo lugar, desde el Informe MacBride de la Comisión Internacional de Estudio de los Problemas de la Comunicación (CIC) de los años ochenta, el mundo también ha presenciado otra evolución fundamental: un deseo, en realidad una búsqueda, de un nuevo orden cultural que no se limita al simple concepto de comunicación e información. Este nuevo discurso, que podría convertirse en un gran debate internacional y mundial, subordina los conceptos de comunicación e información al concepto más amplio de cultura y ecología social. Este discurso parte de la idea de que aunque los primeros defensores del NOMIC reconocieron y reorganizaron debidamente la interrelación entre información y cultura, hicieron de los factores

tecnológicos, económicos y políticos el eje de sus demandas.

Precisamente en este entorno, las fuerzas culturales han entrado en juego mundialmente. Dado que las relaciones internacionales se han expandido en múltiples intereses y estructuras diferentes —militares, políticos, económicos, culturales, etc.—, la cuestión de la ecología de la comunicación, y el entorno sobre el que se establecen las nuevas estructuras, ocupan un lugar preeminente. Las luchas ideológicas, religiosas y espirituales de los últimos años ponen de manifiesto la urgencia y la profundidad de las fuerzas culturales en las relaciones internacionales. En pocas palabras, el campo de batalla de la política internacional ha abandonado el ámbito geográfico, tecnológico y físico, y ahora se sitúa en los ámbitos ideológico y cultural, con nuevos agentes e interlocutores.

El debate sobre el NOMIC, que dominó los años setenta, tenía muchos rasgos fundamentales que ponían de manifiesto sus puntos fuertes y sus puntos débiles. El debate era ante todo una cuestión de enfrentaba a norte y sur, donde Estados Unidos y los países capitalistas eran el centro de las polémicas. El nuevo orden mundial emergente incluye hoy día no sólo el Norte y el Sur, sino también el conflicto y las polémicas dentro del mismo mundo occidental e industrializado. Otro elemento del debate sobre el NOMIC era la presuposición de que *información* era un término universalmente entendido, cuyo significado era fruto de una convención, lo que no era cierto. Quizás más que otra cosa, el debate fue ante todo un proceso político en plena Guerra Fría entre las dos superpotencias. Hoy, sin embargo, no sólo encontramos opiniones divergentes sobre el significado de la información y la cultura, sino también un desacuerdo sobre la forma de legitimar los recursos políticos y económicos.

El debate sobre el NOMIC acarreó asimismo otras

Hamid Mowlana

Profesor y director del Programa de Comunicación Internacional de la Escuela de Servicios Internacionales de la Universidad Americana (Estados Unidos)

repercusiones políticas, económicas y socioculturales. Legitimó la comunicación y la información como grandes áreas de discusión en las relaciones internacionales y también en las organizaciones internacionales. También aumentó la conciencia sobre la importancia de la comunicación y la información en los ámbitos nacional y local, lo que dio lugar a nuevas coaliciones y también a opiniones divergentes.

Ni el debate sobre el NOMIC ni el Informe MacBride trataron suficientemente las cuestiones sobre cultura, espiritualidad o ética. El primer debate sobre el NOMIC se centró sobre todo en cuestiones infraestructurales. La importancia conferida a los aspectos políticos y económicos excluyó las consideraciones culturales de la mesa de debate. A raíz de la revolución islámica de Irán a finales de los años setenta, cuando las cuestiones de cultura adquirieron más importancia que la tecnología y el nuevo orden cultural mundial se convirtió en el centro de atención, se generó un segundo debate. La inclusión de la cosmovisión islámica no fue objeto de debate hasta finales de los años ochenta, cuando la ofensiva del Primer Mundo contra la reivindicación de igualdad del movimiento de los países no alineados provocó una gran dispersión de los puntos de vista discrepantes. En la última década del siglo xx, el declive del grupo no alineado y el hundimiento de la Unión Soviética habían dejado la voz islámica como principal contrapeso de Occidente.

Actualmente existen dos ideas poco claras pero visibles del nuevo orden mundial de la comunicación y la cultura. Una es la versión oficial y divulgada de Estados Unidos y una serie de países europeos altamente industrializados bajo la bandera de la infraestructura nacional de la información y la infraestructura mundial de la información. Estas nuevas infraestructuras, ya en funcionamiento, prevén una economía de mercado sin ninguna restricción, la globalización de la información por parte de las multinacionales occidentales dominantes, y coaliciones militares y geopolíticas constituidas por una serie de estados que utilizan su poder para controlar al resto. La otra es la no oficial, menos divulgada, y a menudo un llamamiento desesperado para un nuevo orden cultural y el acceso a la información por parte de grupos, naciones y ciudadanos menos afortunados. La cuestión básica en la nueva era cultural y de la comunicación reside en quién

posee y controla la producción y la distribución de la información, con qué propósito y con qué intención y en qué condiciones y con qué valores.

En resumen, en este espacio de veinte años que ha pasado desde el Informe MacBride, el mundo de la información y la comunicación ha cambiado mucho. Se ha caracterizado, en primer lugar, por un clima de competencia feroz entre las economías industrializadas de Europa, Estados Unidos y Japón y, en segundo lugar, por una serie de acuerdos tecnológicos y financieros, hechos que han creado el fundamento del nuevo orden global emergente de la información y de la comunicación, que se centra en las potencias económicas occidentales. Mientras que el debate sobre el NOMIC se desarrolló en foros como el comité especializado sobre información y comunicación de las Naciones Unidas y la Unesco, el nuevo orden emergente se examina en escenarios como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI). Vinculada a la retórica y la conducta de la política internacional durante este período encontramos la prueba convincente de la interrelación de la ideología y la tecnología y, con ello, un llamamiento directo o indirecto de los individuos y los estados-nación para una nueva ecología de la información que se centre en la cultura. Por este motivo, el debate sobre la información y la comunicación que empezó hace algunas décadas con el Informe MacBride no sólo no ha muerto ni ha disminuido, sino que, en realidad, ha entrado en un nuevo contexto de escala mundial. Ha creado nuevas alianzas y normas. Este nuevo orden emergente está sustituyendo al antiguo régimen de la comunicación internacional por un debate intenso sobre aspectos culturales e ideológicos que aún está por construirse.